

Tres poetas rumbo al molino

Miguel Huevo Mixco

La única vida que tenemos es eterna. A esta conclusión llegué en secreto un día del mes de marzo o abril de mil novecientos ochenta y dos. Ese día comprendí que hacer literatura era una actividad extrema. Me encontraba en un campo de batalla. El camino era estrecho y polvoriento. Hacía un calor de mil diablos. Era verano y la naturaleza parecía exhausta. Detrás de los cercos de alambre espigado se miraban pequeños mogotes de sombra dominados por corpulentos amates semisepultados entre los zacatales.

Por aquel sinuoso camino caminábamos tres amigos, poetas los tres. Llevábamos entre manos una misión sencilla: fabricar cinco libras de masa de maíz para la alimentación de una columna guerrillera, mal armada y hambrienta, de la que formábamos parte.

Las cosas comenzaron a poner feas cuando escuchamos las detonaciones de los proyectiles de mortero de 60 milímetros lanzados contra nuestras posiciones por una avanzadilla del ejército. Teníamos algunos meses de estar en la zona de guerra de Chalatenango, pero aparte del monótono ruido de las avionetas de observación que volaban a gran altura nada había perturbado nuestro ritmo de vida.

Los tres amigos habíamos llegado desde la ciudad a la zona de guerra por caminos diferentes. En sentido estricto, ninguno de nosotros había recibido instrucción militar. Estábamos allí para instalar una radioemisora. Introdujimos los equipos de transmisión, grabadoras, casetes, micrófonos, dos maquinillas de escribir, un pequeño mezclador de sonido y, por último, el corazón de todo aquel aparataje: un motor de gasolina más grande que el de un automóvil de 16 válvulas.

Habíamos instalado nuestro campamento entre las ruinas de un caserío semidestruido por los ataques de la aviación y devora-

do por la maleza. Los técnicos hacían pruebas de instalación, nosotros planificábamos la programación de las futuras transmisiones, organizábamos el equipo de producción, integrado mayoritariamente por jóvenes campesinos y ayudábamos en las arduas labores de excavación del sistema de túneles y subterráneos —los «tatús»— donde instalaríamos la radioemisora.

Por las noches, después de las comidas, los tres amigos nos sentábamos en cuclillas, con los viejos fusiles erguidos entre las piernas como mástiles, para hablar un poco de todo y también de poesía y libros. Aunque no siempre coincidíamos en los autores favoritos, teníamos mucha identidad en la música que escuchábamos. Era el comienzo de los años 80. Canturreábamos «Goodbye Yellow Brick Road» de Elton John, o «La vergüenza» de Silvio Rodríguez. Unas cervezas nos hubieran venido bien en aquellas veladas sin fogatas, a oscuras y hablando a media voz, compartiendo entre todos un cigarrillo. Claro, nada de eso era posible. Pensábamos que ya habría un momento para ello, cuando se diera el triunfo y la vida recomenzara desde otro punto.

Después de mi turno de vigilancia me dedicaba a mirar el cielo. Era el mismo cielo de siempre pero con muchísimas más estrellas. Mirarlo me producía un vértigo que solía vencer reconociendo las constelaciones que había construido para mí: La del Pez Riente, La Mujer en Celo, La Mano Cortada, El Tigre de Papel... Unía mentalmente los puntos marcados por astros más esplendorosos y recitaba mentalmente, como me lo había enseñado en el colegio el maestro Bellegarrigue, aquella formulación de Clavio que establece que todos los puntos equidistantes de una línea recta constituyen, a su vez, otra línea recta. La idea de la línea recta siempre me había parecido absurda y allí estaba mi vida para probarlo.

Aquella calma se interrumpió, como ya he dicho, la mañana en que probamos el fuego de morteros. Apenas habíamos disuelto la formación matutina y nos disponíamos a tomar el desayuno. Las papayas estallaron un poco lejos de nosotros. El bautizo no resultó demasiado peligroso pero nos hizo caer en la cuenta de que estábamos en la guerra y no en un campamento de *boy scouts*. Inmediatamente recibimos instrucciones para movilizarnos hacia el oriente del Jícaro. Desmontamos el campamento y organizamos la carga de los equipos de la radio sumándolos a

nuestras cargas personales. Sólo el motor fue colocado a lomos de una bestia.

Sin probar bocado nos movilizamos a lo largo del día haciendo breves paradas. Al mediodía nos encontramos con otra columna integrada por una unidad de médicos y paramédicos que tenía bajo su cuidado a un grupo de heridos que debían ser transportados en hamacas. Todos teníamos que ayudar con el transporte de los heridos. Hice lo posible por eludir aquella tarea, que se me antojaba severa, argumentando que veníamos cargando equipos extras, pero fue en vano. Aquello era una orden, no un debate. Al atardecer se nos adelantó una patrulla de reconocimiento y cuando cayó la noche cada herido fue colocado en el suelo sobre una hamaca sujeta por los extremos a una larga tranca. En cada extremo de la tranca se dispuso un cargador. A la cuenta de tres los cargadores se colocaban la tranca en un hombro. El herido quedaba suspendido en el aire. ¿Cuánto pesa un hombre herido? La marcha, constituida por unos sesenta guerrilleros, médicos y paramédicos, siete heridos, una mula y un motor inició su marcha.

Cuando despuntó el amanecer los guías nos llevaron hasta una vaguada y caíamos derribados por el cansancio y el sueño. Yo me encontraba lavándome una pequeña pero dolosa herida que se me había abierto debajo de una rodilla, producto de una caída durante la caminata, cuando llegó uno de los jefes de la columna y me pidió que escogiera dos hombres. Me habían asignado una misión. Una unidad de aseguramiento había instalado un pequeño molino de mano en un caserío próximo, a unos veinte minutos caminando. Me entregó un huacal colmado de granos de maíz lavados. La tarea consistía en quebrar el maíz y regresar con la masa hecha. Unas mujeres se encargarían de preparar a toda prisa las tortillas para la tropa. No había tiempo que perder, el enemigo acechaba.

Aquí vamos, entonces, Justo, Juan Ángel y yo, los tres amigos, rumbo al molino. Debíamos hacer un trío singular, pues los tres usábamos anteojos y esa prótesis no era muy frecuente en el mundo rural. En el sendero nos encontramos con un par de compañeros que volvían con su ración de masa. Ellos nos indicaron cómo llegar. No era lejos. «No circulen por el camino», nos advirtieron. «Aquí casi no hay árboles. Si los mira un helicóptero son hombres muertos». Saltamos el cerco de alambre y nos adentra-

mos en el monte donde el calor era peor. Las hojas afiladas del zacatal nos herían el rostro. Nubes de pequeños insectos se arremolinaban sobre nosotros y nos hacían más penosa la caminata. Al rato escuchamos el crujir del molino y voces de hombres y mujeres. Estaban el corredor de una pequeña casa hecha de lodo y varas que tenía el techo destrozado. Se miraban cinco o seis casas más, algunas más grandes, igualmente destruidas, y unos árboles de plátanos, aguacates y zapotes pero sin fruta. Salvo por el calorón, aquel lugar debió ser muy agradable antes de la guerra.

Todos eran campesinos y, como nosotros, estaban muy excitados con la posibilidad de comer. Dos fornidos guerrilleros molieron rápidamente cuatro o cinco tolvas de maíz y se marcharon. Parecía una tarea fácil. Mientras llegaba nuestro turno nos sentamos a un lado a hablar y fumar.

¿De qué hablábamos? Desde luego, de las incidencias de nuestra primera «guinda» (marcha en retirada táctica), pero también de literatura. Desde unas semanas atrás teníamos una discusión sobre la escritura y la revolución. Nos sabíamos en medio de una guerra revolucionaria pero no había que perder identidad. Somos escritores, pese a no haber publicado libros, pero eso de momento no importaba, pues teníamos entre manos una misión ineludible: la de usar la palabra como un arma de combate. Nuestro éxito personal, decía Justo consistirá en enlazar nuestra obra a la vida del pueblo. Justo, igual que Juan, había estudiado en un colegio jesuita y esto les hacía coincidir en muchos puntos, especialmente en uno: la necesidad de la mística en la vida cotidiana.

Yo también había estudiado la secundaria en un colegio de curas, pero salesianos. La mella que Don Bosco había hecho en mi alma clasemediera era un poco diferente. Yo hablé de lo mierda que era escribir en la periferia de la periferia. La historia de la literatura latinoamericana nos sigue mirando como papel con caca. El triunfo de la revolución, replicó Juan, hará que la crítica vuelva sus ojos a estos lares. Yo contraataqué.

– ¿Han leído alguna vez que las monsergas de Fernández Retamar, Rodríguez Monegal o Ángel Rama se refieran a El Salvador con un poco de respeto?

– Dalton decía que llegó a la revolución por la vía de la literatura.

– ¿Tendremos que dejarnos matar para que todos esos mamones miren en esta dirección?

– Necesitamos repensar una nueva crítica latinoamericana, entendida como un nuevo acto teórico y político, y en cómo aquella dialogará con los discursos subversivos y qué efectos producirá en el escenario concreto de la revolución centroamericana.

– ¡Centroamérica! ¿A quién le importa? Hasta durante la Colonia fuimos llamados la Audiencia de los Confines.

– El culo del mundo.

– Escribir en El Salvador es una actividad extrema.

En eso llegó nuestro turno. Tardamos en quebrar nuestro maíz.

– «Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz», repetía Juan Ángel, a quien le encantaba citar a José Martí.

La verdad, aquella masa blanquecina olía maravillosamente.

De regreso decidimos no atajar por el zacatal y saltamos al camino. Habríamos caminado unos diez minutos cuando escuchamos el ruido de un helicóptero. No supimos ubicar en qué dirección venía. El sendero sinuoso y polvoriento estaba al descampado. La zona de árboles estaba un poco más lejos. «Corramos hacia allá», indicó Justo, señalando los árboles. En eso miramos el helicóptero volando rasante, moviéndose en nuestra dirección. «¡Al suelo!», gritó Justo. El aparato voló sobre nosotros. Su sola presencia nos dejó paralizados. El helicóptero dio media vuelta y pasó disparándonos sin suspenderse en el aire y siguió de largo. Polvo y piedras se levantaron a pocos centímetros de nosotros. Conseguimos saltar el cerco y tendernos entre el zacatal. El helicóptero regresó y lanzó una nueva ronda de metralla. El ruido del motor era horrendo. Disparó dos o tres andanadas más en dirección a la casa del molino. Aprovechamos para irnos arrastrando hasta el mogote de árboles. Hubiera querido abrir un hueco en la tierra y meterme por allí, cayendo vertiginosamente por un túnel donde miraba los rostros tumefactos de los torturados por la Guardia Nacional, a los obreros en huelga de la fábrica El León levantando los puños y lanzando vivas a los caídos, y también a Fredy Mercury cantando Rapsodia bohemia. El helicóptero dio una vuelta y se retiró. Nos levantamos y corrimos hacia la vaguada. Todos preguntaron por la masa. Yo solo me encogí de hombros e intenté explicar el incidente del camino. Pero

había cosas peores de qué preocuparse. El ejército avanzaba sobre la zona en tres direcciones. Esperaríamos la noche para reanudar la marcha. Nadie podía hacer fuego. El humo podía delatarnos. Nadie comió ese día. Aguardando la salida cayó la noche. Miré mi cielo. Allá estaban otra vez mis constelaciones. No quería recordar los eventos de ese día. Tenía suficientes razones para sentir gratitud por seguir con vida. Me conformé con pensar en la inmensidad del Universo. Allí seguían mis constelaciones: La Mano Cortada, El Tigre de Papel... La eternidad solo resiste la prueba del instante en que vivimos ©